

## EL BEATO RAMÓN LLULL EN SUS RELACIONES CON LA ESCUELA FRANCISCANA DE LOS SIGLOS XIII-XIV\*

### II

Cuando el cardenal Juan de San Pablo tonsuraba en Roma a Francisco y a sus primeros compañeros, la Iglesia reconocía oficialmente como suyas las mejores aspiraciones del largo movimiento reformístico. Como todos los pioneros de cada uno de aquellos brotes, Francisco había oído la llamada a "restaurar la Iglesia", pero ahora, además, era el propio papa Inocencio III quien, en un sueño, que Benozzo Gozzoli plasmó admirablemente en Montefalco, quedará convencido al ver al humilde Francisco sostener con todo su empuje los muros de la catedral de Roma y del orbe prontos a derrumbarse. En 1210 la preocupación flotaba en el aire. Los tiempos estaban maduros.

Es ya profundamente significativo que el proceso de la conversión de Francisco y la especificación de su vocación se concluyeran, el 24 de febrero de 1209, en la renovada iglesita de la Porciúncula, al escuchar de labios del sacerdote el texto evangélico —Mt. 10 9-10— sobre el desprendimiento total de los predicadores del Reino de Dios, que estaba en la boca de todos los reformadores y que era la premisa en nombre de la cual todos ellos se levantaban para fustigar a la jerarquía.

Ya Norbert de Xanten, Robert d'Arbrissel (tan parecido en tantos aspectos a s. Francisco) con sus respectivos círculos, e incluso los cátaros, tenían por lema llamarse *pauperes Christi* y arrastraron a numerosos nobles y ricos a renunciar a la hacienda y bienes. Pedro Valdés, en Lyon, para poner en práctica los consejos evangélicos, había distribuído todos sus bienes a los pobres. Arnaldo de Brescia, al recordar al clero sus deberes espirituales, le exigía la renuncia a los bienes terrenos y al poder del mundo, llevando una vida de evangélica pobreza y humildad.

---

\* Véase ESTUDIOS LULIANOS, IX, 1965, 55-70.

Pero lo que resultaba sobremanera alarmante era que la mayor parte de ese movimiento pauperístico había entrado en conflicto con la Iglesia y llegado a la oposición contra ella. La buena parte de sus representantes eran *haeretici*. ¿Es que era incompatible el ideal de una pobreza absoluta con la ortodoxia, e ilegítima la predicación de ese ideal en unos círculos en los que el espíritu mundano se extendía de cada día más junto a la riqueza y al lujo? Se hacía indispensable devolver a la vida cristiana su profundidad. Y había que mantener esas aspiraciones dentro de las fronteras de la Iglesia. Haberlo demostrado como posible y haberlo logrado éste es el mérito de Francisco de Asís<sup>1</sup>.

No se trataba de una pobreza inactiva y estéril. Exigencia de la *vita apostolica*, que era el lema común de todos los reformadores, no sólo eclesiásticos sino seculares, llevasen o no *vita communis*, era la condición indispensable para la fecundidad de todo apostolado. Sólo una vida evangélicamente pobre daba derecho a la predicación, que el clero rico, había abandonado. Así pensaban aquellas bandadas de predicadores errantes, giróvagos o itinerantes, que recorrían así las nacientes ciudades como las campiñas, donde levantaban tempestades de admiración y peligrosas erupciones de religiosidad<sup>2</sup>.

La Iglesia no reconoció nunca el vivir apostólico como derecho a predicar, derecho que confería sólo la *ordinatio* y la *missio* oficial. Con ello, los que no acataron esa decisión encontraron el campo libre de competidores; situación que explica precisamente el gran éxito de los predicadores rebeldes y el sorprendente cundir de la herejía. Esa predicación incontrolada podía propasarse al atacar los vicios del clero y llegar a cebarse en la Iglesia misma.

También Francisco fue e hizo de sus frailes predicadores itinerantes, pero siempre bajo la jurisdicción eclesiástica y exigiendo siempre el máximo respeto y sumisión a la jerarquía. El deseo de canonización del peligroso empuje es, una vez más, evidente en él. Con razón puede afirmarse que en Francisco logra su verdadera dimensión el auténtico sentido eclesial que deseaban, la eficacia más plena que pudieron soñar, las energías más sanas del largo movimiento que en él culmina<sup>3</sup>.

Pero no solamente esos detalles, es todo el complejo mundo de su tiempo que está presente en él. Por herencia o por reacción, Francisco

1 SCHNÜRER, *L'Eglise et la civilisation...* p. 490.

2 HUIZINGA, *El otoño de la edad media...* p. 17-18.

3 Cf. *Movimento francescano e gioachimismo*, de L. SALVATORELLI (= X Congresso internaz, di Scienze stor., Roma 4-11 settembre 1955) p. 403-48.

es hijo, todo él, del siglo XII. Por una parte es fruto típico, gozoso y vivaz, de la ciudad naciente, centelleante de bullicie, de alegría de vivir, rica y despreocupada. Hijo de un rico comerciante en paños, de Umbría, y de una dulce mujer de Provenza, aquella Provenza, donde el nuevo decir era sonoro, la vida nueva, dulce como su clima y su vino, y la inquietud reformadora y herética, más activa que en ninguna parte de la cristiandad. De ahí en Francisco su vida alegre y despreocupada, su gusto por los banquetes y por los vestidos lujosos, su limpia adoración por la dama, su devoción de juglar a las canciones en el dulce decir romance que le confirieron el mando indiscutido sobre la banda de sus coeáneos de Asís. En las ciudades gustará de predicar, ciudadanos serán siempre sus modales, y ciudadanos la mayoría de sus reclutas, y en pocos años no habrá ciudad que no tenga su convento franciscano. Pero por otra parte, es evidente en él la reacción a los vicios de la ciudad: Detesta el comercio y el negocio, en vigoroso auge en las ciudades; aborrece el dinero, del que no aprecia el valor; desprecia la riqueza y los vestidos lujosos, de los que se despoja ante su mismo padre con aquel admirable gesto que inmortalizó Giotto en Asís; abomina los honores, las dignidades y la organización estereotipada, que procuró alejar de su Orden; desestima el derecho, seco y tortuoso, estatificado y fósil, y se entrega al amor y a la vida gozosa de la criatura del Señor en los campos, anchos y libres, de la naturaleza<sup>4</sup>.

Ya he notado como en su conversión están presentes la idea de *reforma* de la Iglesia, a la que le llama una voz misteriosa, llamada que Inocencio III mismo reconoce después de un sueño, y la idea de una *vida apostólica* sobre la base de una *pobreza absoluta* y con proyección hacia una incansable *predicación itinerante*.

Todo ello, tan de su siglo, llevó a Francisco al descubrimiento y a la práctica de una nueva y densa espiritualidad, cuyo contenido es lo que interesa exponer ahora. Cuán maduro estaba aquel siglo para esa inquietud lo dicen elocuentemente los miles de franciscanos que, en pocas décadas, llenaron Europa<sup>5</sup>.

Porque Francisco supo reunir en sí esas fuerzas, casi elementales, del empuje desbocado del siglo que le precede, es uno de esos personajes excepcionales que hacen época, en el sentido de que, reunien-

4 SCHNÜRER, *L'Eglise et la civilisation* ... p. 497.

5 P. GRATIEN, *Histoire de la fondation et de l'évolution de l'ordre des frères mineurs au XIII siècle*, p. 13 - 14.

do en sí las mejores aspiraciones de su tiempo, llegan a ser para ellas y por ellas la solución. En ese sentido hay que interpretar el mejor contenido de aquella relampagueante novedad que vieron en el *Poverello* sus contemporáneos, Celano<sup>6</sup> y el mismo Gregorio IX<sup>7</sup>, y en la que recientemente insiste Lortz<sup>8</sup>.

“Hombres y mujeres, clérigos y religiosos corrían a ver y escuchar al santo de Dios que aparecía venir de otro mundo... Parecía como una luz enviada del cielo a la tierra”<sup>9</sup>.

Difícilmente podía Celano encontrar palabras más exactas y escuetas para pintar el remolino de inquietud que giraba en torno a la *nueva* espiritualidad. Nueva y sosegadora a la vez. Como la revelación que todos esperaban, como el aquietamiento de la inquietud que todos llevaban dentro desde hacía más de un siglo.

Interesa, pues, precisar la respuesta de Francisco, que imprimirá carácter en mucho años, en muchos pueblos, en muchos hombres.

En el hecho mismo, pues, de la conversión de Francisco —lo mismo ocurrirá con la de Lull— está ya contenida en germen toda su espiritualidad. Insistamos en que es la idea de *reformular* a la Iglesia, común a todo aquel hondo fermentar, la que pone en acción al hijo de Bernardone, cuando en San Damián de Asís toma en sentido material las misteriosas palabras: “Francisco, ¿no ves que mi casa se derrumbaba? Vé, y repárala”. Voz que viene interpretada y precisada al escuchar en la Porciúncula el texto de s. Mateo 10 9-10 que he citado ya: la llamada a “reformular” exige que se parta del desprendimiento, de la pobreza<sup>10</sup>.

Ya aquí se nos ocurre una duda: El viejo sacerdote que celebraba aquella misa y cuya lectura del Evangelio llamó la atención de Francisco era sin duda católico, pero, ¿no debía ser también un hombre obsesionado por la idea de la “reforma”, quizá perteneciente a los círculos reformísticos que, desde Lombardía, prendían por toda la geografía de Italia? En Asís mismo fue elegido Podestá, en 1204, un hereje, un “reformador” violento sin duda, y sus correligionarios debían ser tan numerosos que el “Comune” se atrevió a mantenerlo frente a la

6 TH. CELANO, *Vita prima* (ed. Analecta franciscana, X, Quaracchi 1926) 36, 37, 82, 89.

7 CELANO, *Vita prima* 125.

8 J. LORTZ, *François l'Incomparable*, París 1956, p. 31-32.

9 CELANO, *Vita prima* 36.

10 I. GOBRY, *St. François d'Assise et l'esprit franciscain*, París 1962, p. 22.

prohibición papal, y no cedió hasta que Inocencio III lanzó contra la ciudad el entredicho 11. Al hablar de la pobreza, en seguida, tendremos que volver sobre la relación y coincidencia de las ideas de Francisco con las de los *herejes*.

La *conversión* no se realizó de un golpe. Entre la primera llamada y la interpretación de 1209 transcurrieron tres años. Tres años largos de laboreo íntimo, hasta encontrar definitivamente su camino, al que alude levemente el primer párrafo del Testamento<sup>12</sup>. Como más tarde Llull, definirá Francisco el estado anterior a su "conversión" con una frase certera: "Cuando yo estaba todavía en mis pecados" <sup>13</sup>, y el momento de ella, como una *iluminación* venida directamente de Dios, a la que se alude reiteradamente con la expresión "Deus dedit mihi"<sup>14</sup>.

La preocupación y veneración de la *pobreza* como virtud-símbolo flotaba en el aire. Esa preocupación no fue exclusiva de los sectores, que pronto o tarde, llegaron a la escisión con la jerarquía. Que era practicable en la Iglesia lo habían demostrado aquellos grupos que, después de la excomunión de los Valdenses por Lucio III (1184), siguieron fieles a la Iglesia. Estaban organizados en una cofradía compuesta en gran parte por pañeros (*drapiers, tixerands*), y se pueden distinguir entre ellos tres categorías: los canónigos, que hacían vida común, cuidaban de la dirección de las almas y trabajaban; comunidades de seglares (hombres y mujeres), con una regla común y obligación de trabajo manual; una especie de Tercera Orden que reunía a todos aquellos que, sin dejar su hogar, querían regirse también por una regla. Se llamaban *Pauperes humiliati*. Inocencio III los aprobó y les concedió licencia de predicar sólo sobre temas morales, no teológicos, y fuera de la iglesia. Pocos años después, en 1207, y tras un contradictorio en Pamiers, algunos otros Valdenses se convencieron que sus preocupaciones por la pobreza y por la reforma podían llevarse adelante dentro de la ortodoxia. Inocencio III los aceptó —y defendió frente a las intemperancias de algunos obispos<sup>15</sup>— bajo el nombre de *Pauperes catholici*, presididos

11 Giraldo se llamaba: GOBRY *St. François...* p. 11: SALVATORELLI, *Movimento francescano e gioachimismo...* p. 421-22.

12 GOBRY, *St. François...* p. 137 (cito las obras de s. Francisco a través de la versión francesa que forma el apéndice del libro de Gobry p. 119-72).

13 La frase es corriente a lo largo del *Testamento* y *Opúsculos*: cf. LORTZ, *François...* p. 46-50.

14 También es frecuente en *Testamento* y *Opúsculos*: cf. LORTZ, *François...* notas 58-64.

15 *Epist.* 12 67, 68, 69.

por Durand de Huesca<sup>15</sup> y seguido muy luego por Bernardo Prim<sup>17</sup>. Es notable la importancia dada al trabajo manual, que mantuvieron en la iglesia los grupos procedentes de los círculos de Valdés<sup>18</sup>, y en el que insistirá san Francisco<sup>19</sup>.

Esa forma de dar cabida y solución, en la pobreza y en la reforma, a todos los estamentos sociales (incluidos los casados) establecida por los Humiliati, es tan característica de la época y tan de esos movimientos, tan certera en una palabra, que Francisco no sabrá encontrarla mejor.

Pero hay que evitar a todo trance que la comunidad de tiempo, de intereses y de soluciones conduzca a enumerar a Francisco como un hombre más de aquellos inquietos círculos que verán sus ideas tildadas de herejía y sus empresas condenadas al fracaso a causa de las taras que Gobry enumera: orgullo, espíritu de rebeldía, iluminismo y depravación frecuente<sup>20</sup>. Ha sido el mismo Salvatorelli quien ha llamado sobre ello la atención: Aunque Francisco es el portavoz de las mejores aspiraciones de su siglo, y la confluencia de lo más vivo y sano de cada uno de los movimientos populares de la Europa del siglo XII y XIII, hay que tener en cuenta, sin embargo, que de ninguno de ellos nació algo comparable al movimiento franciscano ni a la misma personalidad de Francisco que trasciende y sobrepasa el movimiento mismo partido de él. Los movimientos precedentes tenían todos un carácter predominantemente negativo: eran, ante todo, una protesta, una rebeldía contra el orden de cosas existente, más que afirmación positiva de una necesidad religiosa, la expresión vital de una experiencia religiosa. El valdismo era el que menos tenía de eso, y ésta es la explicación de las analogías entre el valdismo originario y el franciscanismo. Por desgracia el paso de la afirmación positiva a la ruptura,

16 *Epist.* 13 94; cf. FLICHE, *La réforme de l'Eglise*, en *Histoire de l'Eglise* Fliche Martin X (París 1950) 180 - 82.

17 SALVATORELLI, *Movimento francescano...* p. 422.

18 Grundmann, *Eresie e nuovi Ordini religiosi...* p. 400 ha mostrado las discrepancias que había sobre ese particular en los diferentes círculos de reforma. Los waldenses aceptaron el trabajo manual y lo ejercieron con todo ahinco: cf. SALVATORELLI, *Movimento francescano...* p. 422; FLICHE, *La réforme de l'Eglise...* p. 181.

19 *Regla de 1223*, cap. 5 (GOBRY, *St. François...* p. 128); *Testamento* (GOBRY 139); CELANO, *Vita prima* 15 (GOBRY 159).

20 *St. François...* p. 11-13.

a la negación, a la herejía, fue, entre los valdenses, muy rápido, y así el valdismo no es excepción a la regla.

En el origen de la acción religiosa de Francisco de Asís no encontramos *ningún elemento de oposición*, o simplemente de crítica a vicios del clero o a condiciones de la Iglesia. Conocía de sobra esos defectos (lo veremos), pero no partió de ahí; su crisis religiosa no nació del impacto que le causaron las condiciones eclesiásticas del tiempo. El núcleo de la originalidad de él está en lo íntimo de su personalidad, en algo inefable e irreproducible, de lo que sólo los que se acercaron a su intimidad pudieron tener una idea aproximada. Su vocación religiosa brotó de una experiencia personal positiva: Francisco, en un cierto momento, dice y hace algo que responde a una necesidad suya de expansión, a una íntima necesidad de desarrollo. No niega, afirma; no ataca a otros, se afirma a sí mismo, su yo espiritual. Una afirmación que no tiene nada de egoísta, nada de separatista; ella, por su misma naturaleza, asocia a Francisco a todos los demás hombres, en el mismo acto en que lo une, en contacto personal, con Dios.

La conversión de Francisco fue la sublimación de sus instintos naturales. Tras el tenor de su vida juvenil, entre compañías alegres, jocosas fiestas, sueños caballerescos, conatos de empresas guerreras, se descubre un deseo de grandeza, un afán de conquista, que asoman incluso en gestos arrogantes. Sin duda en estos conatos y afanes juveniles debió sufrir una serie de desilusiones; una de ellas ha dejado por lo menos profunda huella en la tradición biográfica: la abortada expedición caballeresca a las órdenes de Gualterio de Brienne.

Grandeza y conquista están todavía en el fondo de su alma y en sus propósitos de apóstol: quiere ahora ni más ni menos que conquistar el mundo. Pero el carácter de sus aspiraciones ha cambiado radicalmente: la grandeza material se ha hecho elevación espiritual, la conquista de corazones se ha vuelto conquista de almas. Una media-vuelta que no es el fondo sino la aplicación más espléndida de la "metánoia" predicada por Jesús<sup>21</sup>.

Dios le destinaba a reestablecer, con la práctica de la vida evangélica, el Reino de Dios en la tierra. Y decide dejarlo todo, pues la pobreza es una condición fundamental para tal empresa. He aquí cómo la respuesta de Francisco, la pobreza, no es renuncia, sino conquista, no es atenuamiento, sino expansión; no es negación ni oposición, sino

---

21 *Movimento francescano...* p. 426-28.

el gesto del que arroja un cargamento que entorpece, a fin de correr más ligero y más alto. Es libertad interna y externa, franquicia de compromisos sociales, comunión libre con los hombres y con el universo<sup>22</sup>.

Y por esto es válida la respuesta de Francisco, porque responde y soluciona trascendiendo. No puede reducirse a un *hereje convertido*. Si no hubiese sido más que un hereje convertido, su solución no sería sino la de los herejes.

Era necesaria toda esa acotación para dejar bien claro lo que también será definitivo para Llull: que los desposorios de Francisco con Madama Povertà, tan poéticamente cantados por los pinceles de Giotto en la iglesia inferior de Asís y por los versos de Dante en la *Commedia*, son los desposorios con una pobreza mística y total, medio y camino hacia el Amor.

*Vida apostólica y Evangelio.* El ideal de la vida apostólica, que estaba en boca de todos y que se esgrimía para echar en cara a la iglesia sus defectos y para respaldar toda clase de rebeliones, encuentra en Francisco la misma estima y enciende en él el mismo celo, pero sin la intemperancia ni el orgullo de aquéllos. El Evangelio es la inspiración de su vivir, es su misma Regla. Los textos son inagotables: "El Altísimo me reveló que debía vivir conforme al santo Evangelio", dice la primera página del Testamento<sup>23</sup>.

La alusión a los reformadores rebeldes es continua en esta página como veremos luego. "El mundo desea una santidad y una religión de apariencia exterior; nosotros debemos guardarnos de todo orgullo y de toda vanagloria", dice el ca.XVII de la Regla de 1221<sup>24</sup>. Es por esto que si, en frase que podría ser de cualquier reformador contemporáneo, "la regla y la vida de los Frailes Menores consiste en observar el santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo" según comienza el ca. I de la II Regla (1223)<sup>25</sup>, ello debe hacerse "estando siempre sometidos y posternados a los pies de esta misma Santa Iglesia, inquebrantables en la fe católica, observando la pobreza, la humildad y el santo Evangelio..."<sup>26</sup>. De ahí una nota característica que distingue definitivamente a Francisco de sus contemporáneos reformadores: su acendrada devoción a la Eucaristía, que suele recordarse junto al Evan-

22 SALVATORELLI, *Movimento francescano...* p. 429.

23 GOBRY, *St. François...* p. 129.

24 GOBRY 120.

25 GOBRY 124.

26 *Regla de 1223*, cap. 12 (GOBRY 134).

gelio y que forma parte de una vida sacramentaria que era lo primero que abandonaban los rebeldes. Salvatorelli ha advertido que la vida mística y la humildad heroica de Francisco eran tales que le hacían sentir una imperiosa necesidad de los sacramentos de la Iglesia, de forma que en ello no sólo no podía ser un rebelde, sino que ésta fue precisamente una solución dada por su altísima personalidad<sup>27</sup>.

Es cierto. Pero todo esto tiene un sentido y una explicación más profunda: el cristocentrismo de Francisco, el papel que juega en toda su espiritualidad el misterio de la Encarnación.

*El misterio de la Encarnación. Cristocentrismo de Francisco.*

Francisco tenía un vivo sentido de la paternidad de Dios y de la presencia de la humanidad de Jesús. He aquí un texto sereno y diáfano como el aire de Asís: "No tengamos, pues, otro deseo ni otra voluntad que nada nos guste ni nos atraiga sino nuestro Creador, Redentor y Salvador, solo Dios verdadero, que es el bien en su plenitud, que es todo bien y todo bondad, el verdadero y soberano bien, el único bueno, misericordioso y tierno, lleno de dulzura y de suavidad, el único santo, justo, verdadero y recto, el único que posee la benignidad, la inocencia y la pureza, de quien, por quien y en quien se encuentra todo perdón, toda gracia y toda la gloria de todos los penitentes y de todos los justos, de todos los bienaventurados que gozan en el cielo"<sup>28</sup>. El uso de "único" y "todo" dicen qué sentimiento de totalidad despertaba en él la idea y la presencia de Dios. Concretamente, la vida y la persona de Cristo le están siempre delante. Le anima un profundo sentimiento de lo que Cristo ha sufrido sobre la tierra: nacido en un pesebre, vivió en la pobreza y murió en la cruz. Francisco se propone imitar, paso a paso y detalle a detalle, la vida de Cristo. Y es tan devorador ese deseo de parecerse a El en cada uno de sus actos que toda su piedad, y la que va a comunicar a sus hijos, es una piedad criticéntrica<sup>29</sup>. La ternura de su devoción al *Bambino* y la famosa misa de Greccio son detalles de aquella obsesión que se derrama en todos sus escritos: "Nuestro Señor", "nuestro Redentor y Señor", "Su querido Hijo"<sup>30</sup>.

27 SALVATORELLI, *Movimento francescano...* p. 436-37: GOBRY 59-60.

28 *Regla* de 1221, cap. 23 (GOBRY 122).

29 Cf. E. DELARUELLE, *L'influence de saint François d'Assise sur la piété populaire* (= X Congresso...) p. 449-66.

30 Taddeo Gaddi, en Florencia plasmó la ternura con que Francisco actuó de diácono en aquella Navidad.

Para un buen franciscano la Regla será seguir a Nuestro Señor Jesucristo<sup>31</sup>, de tal forma que la idea llegará a enseñorearse de la teología hasta dar en el Cristo centro y meta de la creación, del sistema escotista<sup>32</sup>.

De la vida del Señor lo que más poderosamente llama da atención de Francisco es la Pasión. Como término y coronación de una asidua contemplación y de una progresiva asimilación debe considerarse el fenómeno de la estigmatización sobrevenido precisamente después de una ferviente súplica del hombre de Dios pidiendo experimentar toda la crueldad de los dolores de la Pasión<sup>33</sup>.

Jesús crucificado ejerce, pues, un papel de primer orden en toda la espiritualidad de Francisco.

La consideración directa, inmediata, de los hechos y la vida del Señor, además del efecto de una evidente poca estima por las lucraciones teológicas (que veremos luego), tiene en Francisco este sorprendente aspecto, subrayado recientemente por Lortz: "a él fue dado encontrar su fuerza, su alimento y los motivos de su predicación donde había poca o ninguna reflexión teológica: en los Sinópticos, Mateo, Marcos y Lucas, es decir, donde los actos y las palabras del Señor son contados con una perfecta simplicidad. Francisco no vive de Pablo ni de Juan, vive de los Sinópticos"<sup>34</sup>.

*Espíritu cósmico*, llama Gobry<sup>35</sup> en frase feliz a la más ancha de las consecuencias del cristocentrismo que signa a Francisco con el signo de una mística que lo abarca todo, personas, cosas y acontecimientos, y en cuyo regazo todo palpita al amor de una inmensa fraternidad, de la que aún hoy nos sentimos solidarios y en la que todo y todos se encuentran como en su casa.

Quizá bajo el clima del naturismo de Chartres, quizá también bajo la influencia de la atracción centrípeta de las ciudades hirvientes de inquietudes, la creación entera se hace en Francisco una inmensa y viva comunidad, en la que todo es hijo de Dios y en la que cada elemento es *hermano* y cada criatura alaba, a su modo, al Padre que está en los cielos<sup>36</sup>. El "Canto de las criaturas" es la más maravillosa ilustración

31 Regla de 1221 (GOBRY 58).

32 Cf. GOBRY 111.

33 GOBRY 51.

34 *François l'Incomparable*, p. 76-79.

35 GOBRY 76.

36 Recuérdese el *Cántico de las criaturas*: GOBRY 150.

que puede colocarse junto a ese hecho que tan entrañable hace a san Francisco y que Celano ha plasmado y evocado en la extática luz del cap. 29 de su *Vita Prima*<sup>37</sup>.

He aquí la insospechada retribución de quien lo había abandonado todo, al desposarse con la Pobreza, el ciento-por-uno prometido: Francisco ha entrado en la suprema posesión de todo el universo, todo en él se le hace casa y hermano. Es la deliciosa afirmación del *Speculum*: "El bienaventurado Francisco descubría sin dificultad la bondad de Dios no solamente en su alma, sino también en todas las criaturas"<sup>38</sup>.

*Espíritu de amor.* Es la condición y consecuencia necesaria del espíritu cósmico que acabamos de ver. La característica del amor seráfico, escribe Gobry, está en esto: él es, como en el agustinismo, el móvil de la acción y el fundamento de las virtudes. Esta primacía otorgada al amor en la vida práctica por Francisco y sus primeros discípulos fue adoptada por los teólogos y filósofos de la Orden como principio de la vida espiritual, sea ésta la vida divina o la vida humana. En segundo lugar, el amor seráfico es espontáneo, libre, ardiente, loco. No se deja apresar en métodos, en fórmulas, en explicaciones<sup>39</sup>.

Este amor de Francisco a todo lo creado contiene algo completamente nuevo. Es la sensación directa de lo divino presente en todas las cosas; es la percepción precisa, entusiasta, de la belleza conferida al universo por Dios. El agua, el fuego, el sol, las estrellas son admiradas, exaltadas, amadas por aquellas sus características físicas que dan gozo a los sentidos: el sol bello y radiante, la luna y las estrellas claras, preciosas y bellas, el agua preciosa y casta, el fuego bello y jocundo y robusto y fuerte, la hierba y las flores pintadas... La divinidad se manifestaba en providencia común, expansión de vida, presencia inmediata y gozosa en los colores, las formas, los movimientos, los sonidos, que él saboreaba con sensibilidad exquisita, fantasía al acecho y espíritu libre" 40.

Este amor a la creación y admiración extática de la naturaleza llevarán al descubrimiento del paisaje y a la valoración, espiritual y artística, del cuerpo humano<sup>41</sup>, que tanto influirá en las cortes de amor de los trovadores, en los versos a la "dama" en la nueva literatura, al

37 GOBRY 152-54.

38 GOBRY 76.

39 GOBRY 60-61.

40 SALVATORELLI, *Movimento francescano...* p. 429-30.

41 DELARUELLE, *L'influence...* p. 452.

éxtasis embelesado de la nueva plástica; y todo ello se encontrará tumultuosamente presente en la crisis de la conversión de Llull.

*La fidelidad feudal.* Pero el amor tenía, en la edad media, una forma caballerescas: la fidelidad feudal. Francisco es tan consustancial con las concepciones caballerescas de su tiempo, que concibe su relación con Dios, mientras está con fuerzas sobre la tierra, como un servicio de fidelidad del siervo a su soberano: le obedece con la más profunda sumisión y le sirve con la más total entrega: es un caballero. Lortz dice: "No es el Señor resucitado que vive en él; es el Salvador caminando sobre la tierra, pobre y sufriendo, quien tomaba forma en él. En Francisco se producía una experiencia directa y una imitación espontánea"<sup>42</sup>. Cristo vivo necesitaba y pedía los servicios de su siervo. Hasta en el exterior quería parecer caballero: pintó una cruz sobre su saya y respondía a los ladrones: "Yo soy el heraldo del gran Rey". Y fue, durante toda su vida, un vasallo leal. Llevaba inagotables sobre sus labios las canciones de caballería que en el dulce decir francés había aprendido de joven y que habían hecho sus delicias. Así es como la trova a la dama se hace *laude* en honor del Señor. La *laude*, sencilla y popular, es la cristianización de la trova profana. La devoción a Cristo tiene, pues, en Francisco un matiz épico, es caballerescas, y por eso se complace en la aventura heroica, en la imitación de la vida de Cristo hasta la Cruz. Y he aquí cómo el deber de ese caballero se torna todo una cruzada hacia adentro, que va a lanzar a los nuevos cruzados a una peregrinación interior: bajo el andrajoso sayal hay que lograr que el alma, en perfecta leticia, esté cantando siempre.

*Cruzada - misión.* Por este modo Francisco convirtió la cruzada bélica en disputa amistosa. Siendo su ley el amor, el aborrecer la guerra era la consecuencia inevitable; por eso en sus manos las cruzadas se convirtieron en misiones<sup>43</sup>.

Como caballero que era, Francisco quiso conquistar el mundo para su Señor, sin duda con los mismos motivos y temas que levantaban, de vez en cuando, enjambres de cruzados<sup>44</sup>. En su *Carta a todos los*

42 *François l'Incomparable...* p. 41-42.

43 LORTZ, *François l'Incomparable...* p. 50; FLICHE, *Défense et organisation de la chrétienté*, en *Histoire de l'Eglise Fliche-Martin X* (París 1950) p. 273; DELARUELLE, *L'influence...* p. 458.

44 Véanse en U. SCHWERIN, *Die Aufrufe der Päpste zur Befreiung des heiligen Landes von den Anfängen bis zum Ausgang Innocenz IV.* (= *Historische Studien* 301), Berlín 1937.

*fieles*, les dice: "Como servidor de todos, yo me siento obligado a ponerme al servicio de todos, distribuyendo a todos la doctrina odoriferante de mi Señor"<sup>45</sup>. Su viaje a Oriente y su admirable actitud ante el Sultán Malekel-Kamil dicen claro con qué sistema pretendía Francisco hacer llegar a todos esa odoriferante doctrina <sup>46</sup>. El cap. XII de la Regla de 1223 prevé futuras expediciones de esos nuevos cruzados llamados misioneros, a las tierras de infieles, en las que con tanta ilusión había buscado Francisco la ocasión de ser fiel a su deber y a su Señor hasta el martirio<sup>47</sup>.

*Apostolado*. Ahora estamos en condiciones de comprender cuánta novedad había en el sistema de apostolado de Francisco. Para los reformadores de su tiempo el apostolado era predominantemente de oposición, negativo. La base y condición de él debía ser una pobreza sin compromisos y el tema y la meta, la vida apostólica, la práctica del Evangelio al pie de la letra y sin traducciones. A Francisco la predicación le nace de su interior plenitud, de su unión con Dios, de su deseo de imitación de Cristo, capacitado al máximo gracias a la totalidad de su desprendimiento<sup>48</sup>. La predicación es una necesidad de la espiritualidad franciscana; no puede considerarse como algo añadido o como la compensación de un martirio frustrado <sup>49</sup>.

La predicación ambulante había llegado a ser tan sospechosa y tan acre, amén de ir emponzoñada por muchedumbre de errores teológicos, que los obispos y el papa se resistían a autorizarla, hasta que el Lateranense IV (1215) la prohibirá severamente, como lo había hecho ya antes el III (1179). Por eso Inocencio III concedió a los *Humiliati* permiso de predicar sólo sobre temas de moral y fuera de las iglesias. Los temas teológicos, para los que no estaban preparados, les quedaban vedados<sup>50</sup>. Con las mismas restricciones concederá el papa la predicación a los primeros franciscanos. Por eso, y con harto gozo de Francisco, su predicación será popular y vivaz, más de ejemplo que de palabra. Aquellos predicadores de la primera hora se nos presentan sin escuela, independientes, directos, moralizantes, emotivos. No predicán

45 Cf. LORTZ, *François l'Incomparable...* p. 50.

46 FLICHE, *Défense et organisation...* p. 273; GOBRY 38.

47 DELARUELLE, *L'influence...* p. 451.

48 GOBRY 69-70.

49 Así debe entenderse, con SALVATORELLI, *Movimento francescano...* p. 416-18, contra lo que opina Fliche, *La réforme de l'Eglise...* p. 190.

50 Fliche, *La réforme de l'Eglise...* p. 192, 193.

teología, sino *penitencia*<sup>51</sup>. La predicación de la "Poenitentia" es característica, si se la entiende bien; que la frase "qui non cunt in poenitentia" equivale a "los que están en pecado" y deben ser evangelizados<sup>52</sup>, y sus primeros allegados constituyen para Francisco un *Ordo* —recuérdese el sentido y valor de la palabra a partir del s. XI<sup>53</sup>— de *poenitentia*. Celano es definitivo: "Así el esforzado caballero de Cristo se puso a recorrer las ciudades y villorrios. No echaba mano ni a los artificios de estilo ni a la humana sabiduría, sino que, instruído y fortificado por el Espíritu Santo, anunciaba el Reino de Dios, predicaba la paz, enseñaba el camino de la salvación y la *penitencia que perdona los pecados*"<sup>54</sup>.

Y así resulta típico de esta espiritualidad tan contemplativa y arrobada el deseo y la necesidad de correr mundo predicando el Reino de Dios, la penitencia, la paz.

"*Humilitas, simplicitas*". Esa *paz*, deseo vivamente sentido, realidad entrañablemente poseída, forma parte de otro complejo muy franciscano, sobre el que Lortz ha llamado insistentemente la atención: *Simplicitas* es una de las expresiones que se le ocurren más a menudo a Celano a cuenta de s. Francisco<sup>55</sup>. Es que la simplicidad tiene, en el conjunto franciscano, un valor fundamental. *Simplicitas* designa la ausencia de premeditación y de cálculo, la solidez y la derecha; es la claridad límpida, el don sin regateos en vistas al "servir". Es el entendimiento y la práctica del Evangelio sin cortapisas, es lo que Gobry llama "espíritu de infancia" <sup>56</sup>. Francisco era la simplicidad misma. Simplicidad hecha de amor y de humildad, de fortaleza y de sinceridad. Es la fórmula con que su ser más íntimo se manifiesta al mundo. Y el secreto de su incomparable éxito y pervivencia. Y la fuente de su admirable vigor y de aquella inagotable tenacidad y capacidad de volver siempre a empezar (que en Lull llegará a semejar tozudez) descrita por Celano: "Era tan grande la tenacidad de su perenne renovación en

51 DELARUELLE, *L'influence...* p. 452, 455; GOBRY 157.

52 LORTZ, *François l'Incomparable...* p. 47 y n.47.

53 Los "ordines" se constituyen a partir del siglo XI: cf. DELARUELLE, *La pietà popolare nel secolo XI* (=X Congresso...) p. 309-10; M. D. CHENU, *Moines, clercs, laïcs au carrefour de la vie évangélique (XII siècle)*, en *Revue d'Histoire ecclésiastique* 49 (1954) 77-80.

54 DELARUELLE, *L'influence...* p. 455-56.

55 LORTZ, *François l'Incomparable...* p. 68-71 y n. 112.

56 GOBRY, 64; véase también p. 159-60 (=CELANO, *Vita prima*, cap. 15).

la santidad, que tenía siempre a punto la esperanza de volver a empezar”<sup>57</sup>. La predicación de la paz, incansablemente, era la manifestación, sin artificios, sin complicaciones, sin compromisos, de ese espíritu infantil habitado por una inmarchitable simplicidad. Esta fue la que puso a Francisco incondicionalmente a las órdenes del papa y que le preservó a él y a sus compañeros primeros del peligro de la rebeldía al que no escaparán los otros reformadores ni algunos de sus propios hijos menos humildes, los Espirituales.

*Fidelidad a la Iglesia — respeto a la jerarquía.* Inocencio III debió temer que el nuevo reformador siguiera el camino de tantos de sus contemporáneos y le dió en principio sólo una aprobación *oretenus*, un permiso de predicación exclusivamente moral, y le exigió promesa de fidelidad. La *simplicitas* de Francisco debió convecer muy pronto al papa de la talla extraordinaria del poverello y de que Dios estaba en él. Francisco —otro detalle que le distingue de los inquietos movimientos de revuelta— no erró nunca un punto en su actitud respecto a la Iglesia, a la que quería con toda el alma, y cuyo ser divino le resultaba evidente (a pesar de la opacidad de las estructuras o modos humanos) con la misma luminosidad con que se le descubría la presencia de Dios en todas las cosas.

Francisco no ignora el estado y vida escandalosa de buen número de eclesiásticos, contra los que se levantan cada día y en todas partes los gritos y el gesto acusador de los reformadores. Sabe los defectos de la jerarquía y los reconoce: el clero había caído en descrédito tras tanta predicación reformista, y la jerarquía continuaba complicada con el mundo. Las censuras eclesiásticas, de las que se abusaba en cada momento, llegaron a no tener valor. Francisco procurará alejar a los suyos de los cargos y dignidades y se mostrará adversario del ejercicio de la jurisdicción coercitiva.

Las sátiras y las críticas mordaces contra la avaricia o nicolaísmo del clero corrían por doquier. Francisco halló la fórmula correlativa: “ut quod in illis minus invenitur, suppleatur a nobis”<sup>58</sup>. Y su primer gesto se hace ante el obispo, y la reglamentación de su ideal y de su vida, ante el papa. Nunca rivalizó con el clero, aceptaba de cualquier sacerdote los sacramentos y no se cansaba de inculcar la obediencia. Ello es tan notable y, quisiera decir, tan nuevo entre aquellos movi-

57 CELANO, *Vita prima* 103; LORTZ, *François l'Incomparable...* p. 37.

58 CELANO, *Vita secunda* 107; SALVATORELLI, *Movimento francescano...* p. 427.

mientos, que uno se maravilla de encontrar a cada paso, entre las primeras fuentes franciscanas, textos perentorios: en verdad, la sumisión a la Iglesia Romana, que él recomendaba a sus hijos ya en punto de muerte, la había observado a lo largo de toda su vida<sup>59</sup>.

El Testamento es único a este respecto y sitúa a Francisco a una altura que no admite comparación entre los demás reformadores: "El Señor me dio tanta fe en los sacerdotes que viven en la forma de la santa Iglesia Romana, a causa de su carácter, que si ellos me persiguieran, a ellos mismos recurriría. Y, aunque tuviera yo la sabiduría de Salomón, y encontrara algún sacerdote que vive según el mundo, no me atrevería, contra su voluntad, a predicar en sus parroquias. A estos sacerdotes y a todos los demás quiero tenerlos y amarlos y honrarlos como a mis maestros. *No quiero hacer caso de sus pecados*, porque distingo en ellos el Hijo de Dios y porque ellos son mis maestros. Y ésta es la razón de mi postura: En este mundo yo no veo del Hijo de Dios más cosa sensible que su santísimo Cuerpo y Sangre, que aquéllos consagran y que ellos solos administran a los demás. Estos santos misterios yo quiero honrarlos y venerarlos por encima de todo y colocarlos en lugares ricamente adornados (la réplica a los "herejes" no puede ser más clara)... Y debemos honrar y venerar a todos los teólogos y a aquellos que nos dispensan las santísimas palabras de Dios, siendo ellos los que nos comunican el espíritu y la vida"<sup>60</sup>.

Esta misma rendida veneración a los sacerdotes se repite en la *Carta al Capítulo General*<sup>61</sup>. La obediencia a la Iglesia y el respeto a la jerarquía adquieren relieves decisivos en los siguientes textos de la Regla primitiva: "Que todos los hermanos sean católicos y vivan y hablen en católico. Si alguno pecare contra la fe y la vida católica de palabra o de obra, y no se enmienda, arrójesele para siempre de nuestra fraternidad. Debemos mirar como maestros nuestros a los clérigos todos y a todos los religiosos,... y debemos respetar en Dios su orden, su oficio y su ministerio".

"Bienaventurado el servidor de Dios que otorga su confianza a los clérigos... Desgraciados aquellos que los desprecian; aún cuando ellos estén en el pecado, nadie debe juzgarlos, pues sólo el Señor se reserva tal derecho"<sup>61</sup>.

59 CELANO, *Vita prima* 75; LORTZ, *François l'Incomparable...* p. 58-62.

60 Cf. GOBRY, 137.

61 GOBRY, 144, 66.

“Ninguno de los hermanos predique contra la costumbre de la doctrina de la santa Iglesia Romana”<sup>62</sup>.

*Espiritualidad seglar*. “El fondo de la piedad de san Francisco de Asís, es católico, no es de esencia clerical. El ha puesto de relieve el valor del laicado en la edificación del Reino de Dios”, ha escrito Lortz<sup>63</sup>.

En su esfuerzo por dar cauce en su movimiento y en el interior de la Iglesia a las fuerzas del incontenible fermentar popular de su siglo, Francisco asignó su papel, no pasivo precisamente, al pueblo: le abrió los caminos de una piedad nueva (de raíces bernardianas) tierna y segura, serena y humana. Habló contra el fausto de los ricos y contra el poder del dinero que lo señoreaba todo. Se hizo eco del escándalo de los sencillos frente a los abusos del clero y dio la alarma contra la “temporalización” de la Iglesia. Dio nueva vida y orientación a la ciudad y a la convivencia humana y admitió en sus filas a todos los deseosos —clérigos o legos— de conformar su vida e la “penitencia”<sup>64</sup>.

Tras el ejemplo de los *Humiliati*, cuya tercera rama comprendía a los casados y a cuantos debían hacer su vida en el mundo y en el hogar poseyendo sus bienes, y en la que formaban hombres y mujeres, formó Francisco su Tercera Orden que llamó en principio *Ordo de Poenitentia*: todos —clérigos y legos, casados o célibes, hombres y mujeres— cabían en ella. Unas obligaciones sencillas y sentidas les unían entre sí y les educaban a una vida progresivamente más cristiana<sup>65</sup>. Sobre el precedente de Fontevrault, Clara de Asís pasó la espiritualidad de la Primera Orden Franciscana a las mujeres, cuya inquietud reformista corría parejas con la masculina, de manera que ellas tienen gran parte también en aquellos movimientos.

La Tercera Orden no “separaba” del mundo, “unía” a los que querían practicar el Evangelio en su vivir cotidiano. El Evangelio, es decir, una “regla” que no es particular, sino deber de todos. La forma de llegar y cristianizar al inmenso pueblo disponible del s. XIII, al que tan raras veces alcanzaba la predicación de los clérigos; ése es el pueblo que Francisco llamó y al que dio una forma de espiritualidad. En una ciu-

62 GOBRY, 119.

63 LORTZ, *François l'Incomparable...* p. 82 y n. 124 y 125.

64 SALVATORELLI, *Movimento francescano...* p. 433.

65 SCHNÜRER, *l'Eglise...* p. 502-03.

dad, la Tercera Orden no es más que aquellos cristianos que han tomado conciencia de ser cristianos. Tiende a identificarse con la sociedad misma.

Y ello será con incalculables ventajas para aquella Europa. Supranacionales y suprafaccionles, esos franciscanos -en -el -mundo se llaman "hermanos" y tienen un lazo de fraternidad sobre la tierra; desconocen fronteras políticas y sociales, renuncian a hacer el mal, se dan a actividades caritativas y se ponen al servicio de los pobres y los enfermos. Y disminuye el espíritu de partido, crece la aversión a la guerra (los terciarios no quieren hacer uso de las armas), se impone la sencillez, la buena voluntad, la unión, la ayuda mutua. Menguan las interminables pendencias medievales y, sobre un mundo de hermanos, se va haciendo insensiblemente, franciscanamente, la paz.

Gilbert de Tournai le decía a Isabel de Francia que la vida franciscana no apunta al éxtasis, sino a caminar por los "caminos trillados". San Luis IX de Francia y Santa Isabel de Turingia serán pronto los más claros ejemplos de qué profundidades podía alcanzar la ola franciscana entre los seculares<sup>66</sup>. En un mundo desde siglos ordenado en tres estamentos: clero, monjes y laicado, perfectamente delimitados e impermeables, la nueva institución de Francisco era una revolución: había hecho posible la "eclesificación" y la santidad de los legos; es más, los había hecho predicadores y apóstoles, fuerzas vivas —no sólo pasivas— de la Iglesia. ¿Podía canonizarse mejor el movimiento popular? Y ello no sólo bajo una inquebrantable obediencia a la Iglesia Romana, sino con una postura neta frente a viejas oposiciones.

En efecto, la oposición entre aquellos estamentos, especialmente desde el s. XI, y a partir de los movimientos reformísticos, entre clero y laicado había llegado a extremos de violencia. Siempre que los laicos tomaban la palabra era para fustigar implacablemente los vicios, reales o presuntos, de los clérigos. La oposición, llegada a límites irreconciliables, podía terminar en herejías (dualismo, donatismo) o en cismas definitivos, como hemos visto en la I parte.

Francisco no permite que se desprecie a nadie, no tolera que se apele jamás a la fuerza<sup>67</sup>, reconcilia las dos partes. La predicación franciscana será evangélico -moral, su fin, despertar en la conciencia las virtudes cristianas. No rivalizará con el clero ni pretenderá sustituirse a

<sup>66</sup> DELARUELLE, *L'influence...* p. 454.

<sup>67</sup> SALVATORELLI, *Movimento francescano...* p. 439.

él ni en la enseñanza doctrinal ni en la administración de los sacramentos. Despertará, con el testimonio de una vida íntegramente cristiana, la conciencia del pecado y el amor de la virtud; los clérigos cuidarán de confesar y dirigir a los que ese ejemplo toque el corazón. Es más, en un mundo tan trabajado por la herejía, siempre a la vuelta de cualquier nuevo movimiento, Francisco no se ocupó nunca de predicar contra ella. Ello está reservado a los teólogos (que hay que venerar también); a los franciscanos, la predicación moral, itinerante, que por sí sola conducirá a los desorientados a la práctica religiosa y a la obediencia eclesiástica, cuando se convenza de que es eclesiástica la preocupación por la reforma<sup>68</sup>.

Verdaderamente, un aire nuevo, un optimismo sonriente, un clima de ideal, refrescante y rejuvenecedor penetraba las estructuras de la Iglesia y de la sociedad medieval en Occidente.

*La evolución interna del Franciscanismo.* Por las posibles relaciones de Llull con algunas fracciones de la Orden Franciscana, interesa recordar aquí sumariamente la interna evolución de la gran obra de san Francisco.

San Francisco se mantuvo siempre al margen de las lides político-eclesiásticas de su tiempo (éste será también un detalle sorprendente en la actitud y obras de Llull); quiso ignoralas. Pero “después de él la Orden se “eclesiasticó” en el sentido que el elemento *laico* fue bajando, perdió su primaria posición eminente, y los franciscanos se hicieron *eclesiásticos*, pasando a ser primarias las actividades sacerdotales, el estudio, la enseñanza, la administración de sacramentos, y llegando muchos de los frailes a desempeñar los más altos cargos de la jerarquía eclesiástica y a presidir tribunales inquisitoriales”. He querido citar esas palabras de Salvatorelli —el cual sigue hablando de *clericalización, politización, mundanización* de la Orden<sup>69</sup>— para advertir que la cosa no es tan sencilla, que no se pueden ignorar tan supinamente los principios de la evolución histórica de cualquier persona moral, y que los elementos disolventes se encuentran más atrás y más cercanos al mismo fundador.

Gobry —a quien copio los siguientes párrafos— lo ha visto con precisión. Ya en vida de san Francisco se había introducido la disensión entre los celosos, favorables al rigor y al desprendimiento exige-

68 SALVATORELLI, *Movimento francescano...* p. 435.

69 SALVATORELLI, *Movimento francescano...* p. 440.

dos por la primera Regla, y los partidarios de una mitigación con Elías de Cortona a la cabeza. El fundador intentó un compromiso: la regla de 1223, aprobada por el papa, era susceptible de ser aceptada por numerosas comunidades sin renunciar a la forma del ideal primitivo. Francisco juzgó bueno añadirle, antes de morir, su Testamento, indicando en qué espíritu era preciso vivir la regla primitiva. Después de su muerte se produjo la división: las *zelanti* —celosos de la observancia *sine glossa*— y los seguidores de Fray Elías que aceptaron componendas y privilegios. Estos fueron a menudo infieles al espíritu de la regla; aquéllos, rehusando obedecer a Roma, cayeron en el individualismo, y, estimando que sólo poseían el espíritu de Dios y de la regla, se llamaron *espirituales*.

Muy pronto esas dos tendencias opuestas no significaron en la Orden más que una minoría. El generalato de san Buenaventura (1257-74) señaló un gran esfuerzo en pro de la concordia interna. Con todo, los Espirituales seguían mostrándose inquietos. A los Espirituales pertenecen Angelo Clareno, Ubertino da Casale, Pierre Olieu. De los círculos espirituales nació la Orden de los Celestinos, aprobada por Celestino V en 1294-70.

Hay que recordar también a los *Apostólicos* de Gerardo Segarelli y Fra Dolcino, cuyas características recordaremos en el apartado siguiente en cuanto interesen la vida o la obra de Llull.

Los Espirituales aceptaron pronto las ideas apocalípticas de Gioacchino da Fiore —cuyo contenido veremos también más adelante<sup>71</sup>— y con ellas en la boca anunciaban una época y una Iglesia nueva y espiritual dominada por el espíritu auténtico de s. Francisco, según lo exponía el franciscano Gerardo de Borgo San Donnino en su *Introduitorium in Evangelium aeternum* <sup>72</sup>.

Pero las ideas joaquimitas estaban tanto en el aire que san Francisco se convierte en símbolo de la soñada edad nueva no sólo para los Espirituales, sino para hombres tan poco espirituales como Fra Salimbene o tan equilibrados como san Buenaventura, de quien es el texto siguiente: "Iohannis vaticinatione veridica sub similitudine angeli ascendentis ab ortu solis signumque Dei vivi habentis non immerito de-

70 Véase síntesis en Gobry 81-88.

71 SALVATORELLI, *Movimento francescano...* p. 440.

72 SALVATORELLI, *Movimento francescano...* p. 441.

signatur"; sigue luego llamando a Francisco "Stella matutina", "angelus verae pacis", "viam parans in deserto"<sup>73</sup>.

De esa esperanza y de la seguridad de estar ellos en la posesión de la verdad y del meollo del mensaje franciscano nace el sentimiento de superioridad de los Espirituales frente a la jerarquía y a la Iglesia, así como el atrevimiento y frecuencia con que llaman a ésta *meretrix* (término apocalíptico) y al papa, *antichristus* (también apocalípticamente). Y en pro de una "Iglesia espiritual" y de un "Evangelio eterno" se enemistaron con el papa y la Iglesia y se hicieron un deber de aliarse con sus enemigos en el áspero disidio entre la curia romana y la casa de Suabia y en el conflicto personal de Juan XXII y Luis de Baviera. Y así los que habían empezado su campaña condenando toda preocupación temporal vinieron a comprometerse en los más interesados conflictos políticos, cosa que de ninguna forma hubiera aprobado san Francisco.

P. ANTONIO OLIVER, C. R.

(Continuará)

---

73 *Legenda*, Prolog. 1.